

que les diese el sol. Soledad siguió leyendo. Retardase un instante la reanudación de la lectura y viera la mirada de Sandoval fija en ella, intensa, escudriñadora, dubitativa, pesadora, inhábil del pro y el contra de una resolución. Siguiéron los tres en sus lecturas. Soledad sentía escalofríos, la presencia de algo sobrenatural; figurósele un instante que estaba desnuda ante aquellos hombres y su pudor estremeció su hermoso cuerpo, erizándosele el vello diminuto y sedoso. No podía seguir allí, leyendo aquéllo, delante de *él* y de los otros. Creyó, sin verlo, que Caracola sonreía mefistofélicamente. No se atrevía a levantarse. Oleadas de calor invadían su cabeza. La aterrorizó un abejorro panzudo e irisado que pasó zumbando. Se levantó, apretando la carta, que parecía querer escapársele de la mano. No la miraban los otros, que leían. Hizo un esfuerzo para andar y velozmente salió del cenador, derribando al paso la bandera nacional sobre los tendidos, el público sobre los toreros y haciendo saltar al toro de un puntapié por encima del tejado.

—¡Pero, mujer!...

Alfonso se afligió. Creyérase que iba a llorar. Caracola miró, estupefacto, a través de los bambúes, alejarse a Soledad, velocísima, entre las espaldas de rosales, y entrar en la casa. El Padre Oliván terminaba su lectura, sonriente.

—No te apures, Alfonso. El edificio del toreo se desplomó... Soledad lo ha echado a tierra. Nosotros arreglaremos otra vez... a ti si, tu plaza de toros de madera.

Juan Antonio, abstraído, seguía leyendo. No se

percató de la marcha de Soledad ni vió el estropicio, ni oyó al Padre Oliván.

En su cuarto, corrido el pestillo, una blusa tapando la cerradura, sentada en una butaca frente a su peinadora para comunicar con el espejo sus impresiones, anhelante, trémula, Soledad Sedeño leía la carta de Luisa Sandoval.

—¿Quién ha podido hacer ver *esto* a esta muchacha?

El papel temblaba en sus manos; los plieguecillos caían de su falda; los ojos, regios, de curvadas pestañas, volaban sobre los trazos para volver atrás a recorrerlos de nuevo, mientras la boca silabeaba con un rum-rum. El pecho se levantaba, opulento, se deprimía en brusco desplome, quedando la curva ondulada, palpitante, la carne trémula, estremecida al roce de la batista.

—Es esto. ¡Es verdad!

Y se miró, de frente, en el alto y estrecho espejo biselado de la peinadora. El cuello la oprimía y se soltó unos botones. Se halló hermosa, con hermosura un poco triste, mayestática y serena. Se analizó, sin quererlo, los ojos, la boca, el pelo, negro, ondulado y crespo, el cuello mórbido, el arranque del pecho, turgente y lleno; su rubor denunció la presencia en su mente de otras partes de su anatomía, y quedó satisfecha sin querer quedarlo, sin haber pretendido aquel análisis rápido. Una mujer magnífica, en plena florecencia. Veintiocho años. Un cuerpo puro, porque el dolor y el asqueamiento purifican. Un alma virgen, porque el desengaño

mata la pasión pasada. Y la mano izquierda sobre el corazón, que se le saltaba, leyó, llorando, las últimas líneas de la carta, una coda repetida varias veces a través de la larga epístola, enérgica y convincente, trastornadora y halagüeña, misteriosa y apetecida: «Ten presente que en tus manos tienes la vida de un hombre, y que de tu decisión está pendiente mi tranquilidad ahora, mi felicidad después». No cabía el corazón dentro del pecho. Daba golpetazos que mandaban a los ojos oleadas de lágrimas; un nudo opresor constreñía la garganta; los botones de la blusa saltaron y las manos, nerviosas, arrancaron otros al rasgar la prenda buscando aire, buscando espacio que faltaba. Buscó Colonia para refrescarse las sienes, que le martilleaban; vino al suelo un frasquillo de esencia de clavel, quebrándose, desparramándose el líquido que se evaporó fugazmente, dejando un olor intenso, punzante. Abrió los cristales del balcón para ahuyentarlo. Por entre las persianas corridas percibió el cenador de bambúes. Entre las cañas verdes veíanse la negra sotana del Padre Oliván, el blanco traje de Juan Antonio. Miró, ansiosa, aquella blanca silueta... ¡La muerte!... La muerte, en una enfermería, entre toreros, desangrado, entreabiertos los ojos, los ojos castaños de mirar valiente... Y una oleada de lágrimas mojó su pecho, metiéndose resbaladizas e indiscretas por entre los misterios del corsé. Vacilante se dirigió a su lecho, albo como el de una virgen, y desplomóse en él, hundido el rostro en la almohada. La horrenda imagen del pasado se le presentó; se veía víctima de vicios simiescos, de ca-

lladas refinadas bestialidades. Lloró de rabia, de asco, de horror, indignada; después con un llanto suave, tranquilo, abatida, pesarosa. Fue la última crisis. En lo porvenir, aquel pasado, adormecido y lejano, no había de volver a atormentarla. El perfume de claveles la envolvía, refrescante y acariciador; una golondrina, posada en el balcón, chirrió alegre... Creyó que en aquellos instantes comenzaba una época de su vida y el llanto tornóse más blando, casi pudiera afirmarse que era un llanto de placer...

—Pero, ¿en dónde se ha metido esa niña? ¡Soledá! ¡Soledá!

Los fuertes pasos del corpulento Don Joaquín resonaban en el pasillo; llegaron a la puerta; oyéronse unos golpecillos discretos.

—Voy. Me estoy vistiendo.

—Abre cuando puedas.

No había sentido el automóvil. Únicamente voces abajo en el comedor. Lavoteóse la cara profusamente, inundando en agua los ojos enrojecidos, para alejar el rastro del llanto; en las sienes, los hilillos acuosos producían grato picorcillo fresco, calmador de aquel martilleo, ya sordo y más interno. Echóse un peinador, y, mojados el pelo y la cara, abrochándose, abrió la puerta. Don Joaquín entró.

—Pero, chiquilla, ¿estás sorda? ¿No nos has sentido venir? Vamos, estabas durmiendo. Anda, arréglate. Verás... Ese hombre... Pero, ¿a qué demonios huele aquí...? No sé como puedes resistirlo.

—Un tarrillo de esencia que se ha caído y se ha roto.

Don Joaquín apartó con el pie los fragmentos de cristal.

—Abre, abre esas persianas. Arréglate pronto. Verás. Ese hombre se ha vuelto loco.

—¿Quién?

—Juan Antonio.

—¿Cómo loco?... ¿Por qué?

Y se detuvo, alarmada, evitando la mirada de su padre.

—Verás el regalo que te hace. Y a mí, y a Carlos y a Alfonso y al Pae Oliván. Seis jaulas con pájaros ha traído Julio. Ya verás que simpático es... El apoderado de Juan Antonio, mujer. Hasta pa el Maúro hay regalo. Tiene cosas de los toreros antiguos, en fino. Lagartijo hubiera hecho igual... Vamos, estás ahí parada... Vaya, me iré. Ven pronto.

Dos toques con el peine, otra fricción de Colonia a las sienes y sobre las pestañas; una blusa blanca de ancho cuello encajeado; un cinturón que se resistía a abrocharse, y bajó. En medio de la escalera se detuvo queriendo contener los latidos del corazón, la mano en el costado. Se oía al Padre Oliván.

—Hombre, yo te lo agradezco mucho, pero esto es un disparate.

Y otra voz desconocida.

—Miosté, Pae Oliván; no había de más clases en casa e Gurich. Si son buenos o no, yo no lo sé; pero m'han dicho qu'esos... ¿tángaras se yaman...?

—Si.

—...Son buenos ejemplares.

Entró en el comedor, a media luz, con refractar del mármol del suelo y tonos verdosos de las per-

sianas corridas. Sobre la mesa un objeto brillante, esbelto, de gran tamaño, llamó su atención.

—Usted me permitirá—le dijo Juan Antonio sabiendo a su encuentro—que mañana, mi santo, le ofrezca esta memoria.

Soledad, sin mirarlo, habló, no supo ella qué. La contemplación del objeto le daba tiempo para serenarse. Una corbeille de plata, elegantísima, modernista, de atrevidas artísticas líneas, con amorcillos dorados y amplio receptáculo con un diluvio de flores; orquídeas, claveles de todos colores, naturales y químicos, violetas blancas rusas—¡en Junio!—edelweiss de los Alpes, una delicadísima guirnalda de myosotis festoneándola, flores tropicales, flores de montaña, una capa de camelias napolitanas bordeada por jacintos rosa de la Côte d'Azur, de Villefranche.

—Es preciosa... magnífica... demasiado...

Lo miró. Y leyó en sus ojos la carta de Luisa. Era indudable que le era conocida. Siempre la mirada del matador posóse en ella con un afecto tranquilo, cortésmente admirativa, con amistad, indiferente a la mujer. Ahora la mirada era confusa, recelosa, como veladora de un secreto, ya descubierto; creyó Soledad hallar en ella una súplica codiciosa. Separó la vista que fue a dar en unos papeles abultados que salían de un bolsillo del peto de la americana de Juan Antonio; allí cabían mal; había una carta voluminosa en cuyo sobre vió la letra de Luisa. El corazón le dijo que aquella carta decía lo mismo que la suya. ¿Tendría el torero un secreto como ella lo tenía, descubierto, como el

suyo, por Luisa, desde Valencia? Le halagó la suposición y la duda hirió su amor propio. Instintivamente, con legítimo orgullo de mujer hermosa, quiso convencerse y lo miró en los ojos, un segundo, traicionándose, descubriendo el secreto de aquellos días. La mirada del espada seguía codiciosa, anhelante; vió Soledad en ella impurezas que la retrajeron e indecisiones que la lastimaron. Bruscamente la mirada se tornó pesarosa, humilde, entristecida. Y aquello la halagó. Fue obra de un instante, pero Julio la sorprendió, extrañado, y miró a Caracola que le hizo un guiño imperceptible afirmativo, truhanesco.

—Soledad... Julio, el apoderado de Juan Antonio, que te ha traído las flores.

—Tiene usted muy buen gusto.

—Lo que mandó el mataor... Buen gusto ahora al quearme embelesao mirándola asté.

Julio sonreía. ¡Si la hija de Don Joaquín supiese de quien era el gusto de la corbeille!.. ¡Los apuros que él pasó! La corbeille, bueno, en casa de Espuñes o de Anduiza, la mejor que hubiese, y en paz. Pero, ¡las flores... a fines de Junio! Y flores habría también habiendo letra abierta; pero, adornar la canastilla... En casa de Martín que la arreglasen. Fue a la Carrera de San Jerónimo y al entrar en la tienda un coche que pasaba. ¡Eureka! Una pendona de Sevilla, con muchísimo postín y muy buen gusto. Una mujer con más historia que la Masonería. Paró el coche y ella fue quien escogió las flores, quien las encargó, tirando de largo, con exigencias de soberana, quien dirigió el arreglo de la corbeille, recti-

ficado discretamente en ocasiones por las floristas. Claro, hubo que hacerle un obsequio. Ella, generosa y liberal con el paisano, correspondió con otro y se regalaron recíproca y guapamente, cada cual con lo que pudo y supo, una tarde deliciosa, en un entresuelito monísimo de la calle de Argensola.

Don Joaquín mostraba a Soledad los restantes obsequios, alfileres de corbata para él y para Carlos, que no podía venir por tener un chiquillo malo. Nada. Un atracón de albaricoques asoleados. Mucha fiebre y los padrazos muertos de miedo. Para Alfonso juguetes mecánicos; un automóvil primoroso con sus focos eléctricos y su motor; para Encarnación una gargantilla de corales engarzados en oro afilegranado, y relojes extraplanos, de plata, con sus cadenas modernistas, de dilatados estrechos eslabones, para el Mauro y el cabo de los civiles. A más vinieron del ferrocarril cajones de «manzanilla Sandoval» y allí en un ángulo de la mesa las cajas de cigarros se encaramaban unas sobre otras.

—Esto es un disparate y una barbaridá. Te has vuelto loco. Julio, ¿cómo ha podido usted traer to esto?

—Mu fasi, Don Joaquín. Al recibí el encargo del mataor, me fi a Madrí y me yevé p'ayá a Gonsales, ese qu'ha venío conmigo, qu'está al cuidio e la casa e Juan Antonio en Seviya. Tomé ayí una berlina del exprés pa los do. La canastiya venía embalá, ya ha visto osté cómo, hasta con sus canalonsiyo de zin con agua pa refrescá las flore, y las hemos ve-



nío refrescando to er camino porque de Córdoba acá nos ha apretao la caló más que muy bien...

—Jesús, que molestias...

—Si yego yo e sabe qu'osté era... osté..., traigo la canastiya en brazo desde Madrí, refrescándola con el aliento.

—Pero ¿tú te has vuelto loco?

—Déjeme usted que el día de mi Santo, único que pase aquí—(la voz tuvo una inflexión pesarosa)—esté contento. El año que viené Dios sabe dónde estaré toreando...

Soledad no lo miraba. La gargantilla de corales de Encarnación temblaba entre sus manos.

— ... Mañana torea mi cuadrilla en Vinaroz.

—...¡Ah! Aquí hay un telegrama d'eyos puesto en Badajós dandolasté los días. Verasté como conose las seremoniosiaes del Pintao.

Soledad quiso ver el papelito azul en que felicitaban al gladiador los que con él compartían el peligro.

—¡Jesús!... ¡Qué nombres!... Pintao, Bizco de los Villares, Aracena... Menut., Taroncheret. ¿Qué es esto de Taroncheret?

—Naranjerito en valenciano.

—Albarillo... No leo más... Parece cosa de moros.

Julio aventuró en una flor un reconocimiento de jerarquía y la indicación de que a su cuquesca persona no escapaba la situación.

—Y usted la reina de la morería.

A ella hizo gracia el intencionado requiebro y sonrió, encendida la tez trigueña. Julio tuvo plena convicción de lo que pasaba.

En la candelada, al pie de la torre moruna, la noche clara de fresca brisa ocultó aquel germinar de amores callados, indecisos, cuyas dudas confiaban ambos al mar sereno contemplando su inmensa superficie. Soledad, aturdida bajo la impresión del día, veía todo como en vaga somnolencia. Cuando la candelada elevó sus llamas cárdenas y azules y crugió la leña retorciéndose, y volaron las consejas entre el fuego, le pareció que el humo se perdía en el horizonte contándole a los cielos sus amores y que el parpadeo de las estrellas aprobaba su sentir. Por los roídos muros de la vetusta atalaya solitaria hacía discurrir el llameo sombras de fantasmas. Los voces alegres de la gente de la quinta entre la que discurrían las botellas de la manzanilla torera con el retrato del espada en la etiqueta, parecíanle un alentador coro halagüeño; las sombras de la torre eran el pasado que se iba, se escapaba, oculto y avergonzado, la ígnea hoguera purificando sus tristes amarguras; el mar era el símbolo de la inmensa felicidad tranquila del porvenir. Comenzaron los hombres a saltar la hoguera. Veíaseles surgir de la obscuridad, tomada carrera, llegar a la lumbre, encogerse de piernas y brazos, elevarse entre las llamas y caer al otro lado. Saltó Julio, como un corzo, el Maúro, Caracola, ligerísimo, los hortelanos de Alora, Jopigordo y el Bochinche, con indumentaria blanca, fajas rojas y tez caobeña; el cabo de los civiles, cuyo largo sable guardó Encarnación con la cartera y el correaje y cuyas espuelas tintinearón en el aire, todos, hasta Don Joaquín, a instancias de su hijo, embelesado con el es-

pectáculo. En los contornos, sobre las lomas, veíanse más hogueras. De algunas partieron cohetes. Parecía que se tocaba al arma, que la comarca, en son de guerra, llamaba a sus campeones. Y la vieja torre presidía como en los tiempos de antaño las luminarias fantásticas diseminadas por la costa. De detrás de la loma surgió, lejana, la vela triangular de un falucho, después otra y otra, alineadas, equidistantes, como en formación de combate; hinchadas por el viento avanzaban lentamente, como escuadrilla exploradora. Venían pescando.

—Mirosté, Juan Antonio. Los cárabos e los moros e la morería que vienen a peleá con los cristiano, a quitales su torre.

Y los faluchos seguían avanzando, como gigantes gaviotas, rozando las aguas plateadas, como si condujeran, reconquistadores, a los hijos del Islam.

Organizóse la fiesta y tañeron vihuelas y repiquetearon castañuelas y platillos, y Julio lució sus pericias de guitarrista y Caracola cantó con chillona vocecilla las «soleares» de antaño, puristas y clásicas como las estocadas recibiendo de Sandoval, y bailaba Encarnación el típico legendario fandango malagueño con el cabo de civiles, y Don Joaquín escanciaba la manzanilla según se iban presentando copas vacías. Soledad y Juan Antonio se hallaron juntos. Por la primera vez se hallaron cohibidos sin nada que decirse porque habían de decirse mucho. Veían escollos grandísimos en aquel mar sereno de la felicidad venidera. ¿Admitiría Juan Antonio el pasado? ¿Admitiría Soledad

la torería?... Alfonso llegó. A escondidas de su padre, Caracola le había dado manzanilla. La luz de la fogata iluminaba a su hermana y al torero, sentados juntos. En el cerebro del enfermo, combustionado por el vino abajeño, brotó una idea, se presentó un recuerdo; sonrióse al hallazgo insólito y llegó a ellos, encendidos los ojos, con la alegría del niño que halla un juguete.

—Dame la mano, Soledad... Dame la mano... tú...

Hizo esfuerzos por recordar el nombre. Desistió.

— ... en el libro... una estampa... los Pielos Rojas... muchos... una lumbre, en la orilla de un río... un Gran Jefe, con muchas plumas... un desposorio de indios bravos... Yo soy el Gran Jefe... ¡y os caso, yo!

Y, brutalmente, unió ambas manos con las suyas fuertes y musculosas. Reía, mirándolos. Soledad no tuvo fuerzas para gritar al dolor de la presión ni ante la crudeza de lo inesperado. Juan Antonio palideció y pugnó, instintivamente, por desasirse. Las manos de Alfonso eran de hierro y retuvieron la suya con pueril tesón. Entonces protegió con la suya la otra mano sedosa y delicada, fría como el mármol. Miró a Soledad y se dijeron con los ojos que no se atrevían a hablarse. Posáronse recíprocamente las miradas, serenas, confiadas, un tanto pesarasas. Alfonso soltó las manos que siguieron unidas unos instantes. Bruscamente se separaron y las miradas también.

—La voz de Dios—musitó Juan Antonio.

Y le pareció oír, como un eco:

—Pero, torero... ¡no!

Una llamarada potente y rizada brotó de la hoguera. De su copete partió, múmero del fuego, negro humoso torbellino. Posóse sobre la atalaya, como si la coronase. El Levante, que arreciaba, lo empujó potente, y se elevó en los aires, desguedejándose, aniquilando sus negruras sombrías en las inmensidades alegres del horizonte azul.

---



## VIII

Habían mandado adelantarse el automóvil y venían a pie por la carretera solitaria, flanqueada de altos eucaliptus, limpia de polvo por el chaparrón de la tormenta que descargó al mediodía. El Levante barrió el nublado, echándolo detrás de la serranía de Mijas, y en el cielo, límpido y purísimo, de un azul turquesa, comenzaban a lucir, indecisas y fosforescentes, las primeras estrellas de la tarde. A la derecha planaba la rasa extensión, verde gayo, de la plantación de la caña de azúcar, y más allá el mar zafireo, solitario también como la carretera. A la izquierda comenzaban las colinas asperonizas o pizarrosas con contrastes de tonos plomizos y rosados, pobladas de olivares, entre los que amarilleaba algún pegujal. En el fondo tendíase la vega y lejos, entre suave bruma, alcanzaba la vista el blanco caserío de la ciudad coronado por la parda vetusta torre. Las montañas cerraban el horizonte en vasto anfiteatro menos por la parte Sur, ocupada por el Mediterráneo. El sol, rojo, escondíase tras de los montes, retirando progresivamente sus ra-

yos del panorama; surcaban el espacio chirriadoras legiones de aviones y golondrinas y llegaban, en ondas de la brisa, adormecidos, los cantos de los trilladores en las eras. En una aventaban la parva, que, herida por el sol, sostenida instantáneamente en el espacio por el viento, caía como áurea lluvia sobre la tierra. Era el ambiente blando y caluroso, la brisa fresca y salina, dilatado y polífero el paisaje, comenzaba a apuntarse la serena majestad del largo crepúsculo en los campos.

Andando perezosamente, cogidos del brazo, mirándose en los ojos, Soledad y Juan Antonio gozaban de la soberbia tarde estival encaminándose a La Atalaya desde la hacienda de Los Picachos, en cuyos puros aires de barrancales buscaban Carlos y su mujer la salud para sus hijos, atacados de tos ferina. Fueron allí a pasar el día y regresaban al lugar en el que comenzaron sus amores y que era ahora la última etapa de su largo viaje de novios. Allí los esperaba el Padre Oliván. Don Joaquín y Alfonso estaban en Berlín, otra vez en las garras de los especialistas. Se había descubierto, decían, un portentoso remedio, que causara una revolución en el mundo. Se hablaba de erigir estatuas al descubridor como bienhechor de la Humanidad. Y allá fue el padre ensoñando con la curación del hijo.

Se acercaba el día de San Juan, bien distinto del año anterior. No había en él amargores porque terminase la estancia en La Atalaya, ni tribulaciones de amores, ni indecisiones del espíritu ante los derroteros de la vida, ni la atmósfera candente de las Plazas de toros conturbaría el



ánimo llamando a él con sus glorias y sus peligros. Ya no estarían allí Julio ni Caracola animando el cotarro. Ya La Atalaya sería su residencia siempre que quisiera gozar su felicidad al pie de la vieja moruna torre. El amor halló colmo satisfecho, inicial de largos venturosos días, entre los misterios del naranjal de una huerta de Burjasot, y, al caer la coleta entre los filos de las tijeras de bordar de Luisa, el toreo desapareció de la vida de Juan Antonio Sandoval dejando en ella el recuerdo de un pasado opulento en emociones. Ya al ex-matador de toros no ataraceaban el ánimo las diatribas de los adversarios, ni temía los avizores núcleos adversos en las Plazas, ni Don Bernabé requería cuotidianamente el palassan al salir a la calle pensando darle empleo argumental, ni voltejeaban constantemente en torno del torero la cuquesca personalidad de Julio, libretillas en mano, ni la asidua solicitud de Caracola con su pulquérrima blusa sevillana de blanco piqué, los dos auxiliares más adictos que tuvo durante su corta vida de lidiador... ¡Caracola!... Era el recuerdo más querido. El del pobre mozo de estoques, previsor y mañoso, inteligente y hábil, abnegado, entusiasta, apto para todo, siempre presente cuando era necesario, siempre esfumado entre la corte que rodeaba al matador. Mucho lo echaba de menos. Algunas veces lo llamaba, creyéndolo aún con él.

Fueron un sueño aquellos cinco años de torearía terminado con la espantable cogida de Valencia. Un sueño no sabía él si triste o alegre, de múltiples matices y aturdidor estruendo. Aquel

calificativo de *buscador de oro* que antaño le escarabajeara como algo molesto y depresivo con que se pretendiera bastardear sus intenciones, le era ya indiferente. Ocurrido lo de Valencia nadie podría echarle en cara la frasecilla con que se pretende retratar las voliciones de los toreros modernos. Halló, es cierto, la fortuna entre los azares del toreo, pero no la fortuna material, que con ser saneada y cuantiosa, no tenía comparanza con la otra fortuna que iba ahora, gentil y grácil, ufana y feliz, cogida de su brazo, encaminándose al nido de La Atalaya por la carretera solitaria festoneada de eucaliptus. Sin ser matador de toros, sin la cogida de Córdoba, no hubiese él ido a la hacienda de Bachicha. Aquella felicidad, aquella fortuna se los dió el toreo. Sería ingrato si no recordase al toreo con cariño. La tormenta en Los Gaitanes, la impresión plácida del valle de Alora venían a su recuerdo, como un símbolo. La gran crisis de su vida se desarrolló a aquella semejanza. Después del último año de lucha, enconada y ruda, en las Plazas vino la sosegada permanencia en La Atalaya y en ella el amor, el amor brotando espontáneo, inadvertido hasta que la carta de Luisa lo descubrió. Después todos los acontecimientos, con ser tan graves, tan decisivos, desarrolláronse subordinados a un sentimiento que lo avasallaba todo.

En los días siguientes al de San Juan permanecieron alejados, teniendo la explicación que ya era ineludible, que ambos ansiaban, precisándola, que exigían sus almas, sabiendo lo que iban a decirse, lo que se decían sin hablarse, sin mirar-

se apenas, sin quererlo expresar. Soledad fue la primera que comprendió que su pasado no constituía obstáculo para la felicidad de su porvenir. Fue obra de una conversación entre Encarnación y Caracola, en la que creyeron engañarse mutuamente. Quedaba el presente. La profesión. Aunque la noche en que habló con Don Francisco, Sandoval dejó traslucir sus amargores y viéronse en su alma decepciones y hastíos, nada indicaba que pensase renunciar a su arte. En los días en que Julio permaneció allí oyó ella hablar de contratos de corridas, algunas para el año venidero. De México arreciaban, forzando cantidades, proposiciones, siempre rechazadas, para que fuese a torear. Soledad veía la contrariedad producida por no lidiar en Valencia a lo que renunció, cuando, levantado el apósito, masajeado por Caracola, perito en ello, adquirió la convicción de que el brazo, consolidado el hueso, no estaba dúctil ni tenía fuerza. Fueron inútiles las pesas de gimnasia que le remitió Carlos, los esfuerzos de un masajista profesional, aunados con los de Caracola. Don Francisco encogíase de hombros. Una obstinación tonta, badajo. Hasta fines de Julio no estaría en condiciones de torear. No podían forzarse los trámites definidos de la Naturaleza. Tuvo que renunciar a las corridas de Valencia, la Plaza predilecta, la más grandiosa de España, con semejanza en su exterior, por el estilo dórico y sencillo, al coliseo Flavio-Marcelo, Plaza toda suya, en la que no lograron jamás entrada las hostilidades que encontraba en las demás. Así hizo que lo escribiera el

Padre Oliván a la Empresa y a Julio. Y una tarde, Julio y uno de los empresarios que se presentan en La Atalaya en el automóvil de Carlos. La ruina en las corridas de feria sino toreaba. Otro de los espadas contratados, de gran cartel, «tomó una cornada» en la última corrida de Pamplona. El cartel se venía abajo. Inutilizadas las dos figuras, base de él, sólo podían torear espadas de segunda categoría. Las otras «estrellas» tenían ajustes para esas fechas. Coincidían los días con los de las corridas de Santander. Se recurría a Sandoval para que hiciese un esfuerzo en aras del amor que le tenía Valencia. Toreando él importaba poco que no viniera el otro. Su nombre sólo llenaba la Plaza, aquella Plaza enorme. Pero si se traslucía, únicamente si se traslucía, que no iba, el desastre económico era seguro. Se podía anunciar en las condiciones en que toreaba; que sólo lo hacía por cariño a la afición valenciana; darle todas las facilidades posibles. Llevar un tercer espada para las dos corridas en que había de matar tres toros, a fin de que no matase sino dos; ponerle ribeteada la Plaza de burladeros para que nunca precisase el esfuerzo de saltar la barrera. Cuanto quisiera; allí estaba la Empresa para facilitárselo. Precisaba el esfuerzo. Las circunstancias lo imponían. No se llamaba al torero, se llamaba al corazón del hombre. Sandoval no vaciló. Por él sí; desde luego. Que fueran por Don Francisco, y él dictaminase, pero el brazo derecho, el brazo de matar, no tenía fuerza, ni lo jugaba bien. El empresario apuntó algo acerca de la eficacia de las corrientes eléctricas. Era una idea.

Fueron por Don Francisco y vinieron con él, por la noche. El médico se opuso. Una barbaridad aquel empeño. Las corrientes eléctricas, muy indicadas, muy adecuadas, pero con tiempo disponible; faltando días para las corridas, serían insuficientes. El empresario, pálido, inclinó la cabeza sobre el pecho, abatido. Sandoval vió aquel dolor. «Yo voy, como sea». Don Francisco se encogió de hombros, satisfecho en su interior. Le gustaban los hombres de nervio y de corazón. Vió en aquel impulso la braveza del torero y la hidalguía de su espíritu. Soledad, cuando lo supo, sintió una tristeza honda de que el espada marchase de La Atalaya; un recelo, como una predicción misteriosa, de que las facultades físicas del lidiador no equipararan su brío y surgiese la tragedia. Al mismo tiempo, una decepción lastimó su orgullo. Sandoval estaba pronto a la llamada del toreo, y mostrábase rehacio, indeciso, ante la felicidad que se le brindaba. El amor a la profesión dominaba *el otro*, que existía; ella había visto claramente que existía. Quizá Sandoval quisiera hacerlos compatibles. Y eso no. Las amarguras de la mujer del torero no las arrostraba ella. Su misión era precisamente la de apartarlo de aquel camino.

Juan Antonio se fue al día siguiente para tomar en Málaga el expreso de Madrid, en donde se sometería a las corrientes eléctricas. La explicación no vino, la rehuyeron ambos. El estuvo hasta la madrugada en larga y misteriosa conferencia con el Padre Oliván. Cuando arrancó el automóvil carril abajo, una ola de tristeza pasó sobre los que se que-

daban. Soledad sintió en el alma algo nuevo, desconocido y poderoso. Una inquietud ansiosa, ataraceadora. El peligro, cercano e intenso, del sér querido. Al entrar en las habitaciones que ocupó el espada, sintió un vacío. Le pesaba la ausencia. Un pañuelo olvidado, arrugado, excitó su ternura. Lo cogió, lo acarició entre sus manos, buscando la cifra y, al hallarla, la contempló larga y tristemente. Sobre un velador estaba un libro abierto. La última lectura. Soledad puso un papelillo entre aquellas páginas, cerró el volumen, y al ir a guardarlo con el pañuelo formóse un nudo en su garganta, un terror supersticioso se apoderó de ella, cayó sobre una mecedora de lona impregnada del perfume predilecto de Juan Antonio, y aspirándolo, gozándolo como un saludo postrero del que se había ido, ocultó el hermoso semblante en el pañuelo y lloró la ausencia, en silencio. Unas manos ásperas y nervudas apartaron las suyas, cariñosamente, con un ruego blando. Vió al Padre Oliván sentado a su lado, se abrazó a él convulsamente y en vuelco atropellado de confianzas contó sus amores, sus zozobras a aquel corazón generoso. Don Joaquín marchó a Málaga con el torero. Alfonso estaba embelesado con sus juguetes en el cenador de los bambúes. Hallábanse solos. Encarnación, discreta, cerró la puerta, y Soledad dió rienda suelta a su alma, serenándose paulatinamente, oyendo los consejos del jesuita, la narración de los planes de Sandoval. Tuvo la confirmación de la certeza de su cariño, una esperanza del abandono de aquella profesión temerosa. Habló él de abando-

narla, sin determinar el plazo. Sentía hastío de la lucha.

Los días anteriores al de la primera corrida de Valencia fueron de honda inquietud, interminables. Escribió Sandoval desde Madrid una carta extensa, colectiva. Se encontraba muy bien. Tenía fuerza en el brazo, que ejercitaba constantemente. Estuvo en el Soto Gutiérrez toreando las becerras de Don Esteban Hernández y se halló apto. Les debía una compensación de aquella marcha precipitada. Al terminar la temporada volvería unos días con ellos. Hablaba mucho de La Atalaya con Caracola. Aquel ofrecimiento tenía aspecto de cita, de término fijado para la explicación. Al retirarse aquella noche a su cuarto la llamó al suyo el Padre Oliván y le dió una carta de Juan Antonio, llegada dentro de otra para él. La explicación se adelantaba. Soledad leyó y releyó toda la noche. La pasión, contenida en La Atalaya, desbordábase sobre aquellos plieguecillos en las soledades del cuarto del hotel madrileño. La anhelaba, la adoraba, la necesitaba. Le sacrificaría cuanto quisiera, pero ahora no. Pedía tiempo. Lo ofrecía a plazo indeterminado, en secreto absoluto. Que aquel ofrecimiento fuera la primera convivencia, callada, de sus corazones...

El 24 de Julio, ya muy entrada la noche, el repiquetear del timbre del teléfono, largo tiempo esperado, anunció que Carlos llamaba para comunicar el resultado de la corrida, telegrafiado por Julio. Una tarde interminable. Y vendrían tres más, así. Las corridas de Valencia eran cuatro seguidas. Un hartazgo de toros. Don Joaquín, impaciente, acudió al apa-

rato. Soledad no se atrevió a pedirle un auditivo. Leía en el semblante de su padre las impresiones de lo comunicado. Jubiloso y entusiasmado, súbitamente tomó una expresión de espanto doloroso. Soledad dió un grito y arrebató los auditivos a su padre, absorto. Oyó, lejana, adormecida, la voz de Carlos; «...reproducida la fractura, y otra, horrosa, en el brazo, cerca del hombro, con salida del hueso... Lo de la ingle no tiene gravedad, un arañazo largo... la fractura del brazo es terrible». Soledad soltó los auditivos sin acabar de oír. Miró a su padre contándole, en un segundo, con los ojos, cuanto sucedía y cayó en sus brazos sin llorar, lívida, fijos los ojos aterrados en un punto invisible. Don Joaquín oyó del Padre Oliván la historia de aquel cariño que no había sospechado. No halló sino una solución... «A Valencia».

Y partieron al día siguiente. La prensa publicaba largos relatos, columnas enteras, de la cogida. Al hacer el paseo las cuadrillas Sandoval fué objeto de una ovación delirante. Sabíase el sacrificio que hacía, que aun no estaba repuesto, que toreaba únicamente por salvar a la Empresa y por amor a Valencia, que no podía bregar, que su trabajo limitárase sólo a matar sus toros. Y toreó de muleta, al primero que habría de estoquear, de un modo admirable, con arte purista, clásico, elegantísimo. Los técnicos, los inteligentes, volvíanse locos en los tendidos. Don Vicente, el patriarca de la afición, hizo comparaciones con Cayetano Sanz y Cara-ancha. «Las palmas hacían humo». Veíase que le pesaba el estoque en la mano, que el brazo no tenía ductilidad



Citó a recibir y en el choque «al coger hueso» debió sentir un dolor fortísimo en el hombro derecho porque irreflexiva, instintivamente se llevó a él la mano izquierda levantando la muleta. La cogida fué horrorosa. El toro anduvo unos pasos con el espada entre los pitones y lo despidió, volteándolo a gran altura. Cayó de cabeza sobre el brazo derecho extendido y muchos espectadores percibieron con toda claridad un chasquido áspero como el de una caña que se quiebra. Al desnudarle en la enfermería, a donde le llevaron conmocionado, se le apreció un puntazo corrido bajo la ingle derecha, ligeramente penetrante en el muslo, una reproducción de la fractura de la clavícula «por el extremo del callo» dijeron los médicos, y una horrenda fractura del húmero derecho en su tercio superior, comminuta, con esquirlas atravesando los tejidos, magullados los músculos, atravesados, contundidos. Hablábbase de amputación. Lo que era indudable es que el torero, el artista, terminó allí, en su Plaza favorita, oliente a claveles, de severos arcos romanos, entre una ovación aclamadora y entusiasta. Al choque del estoque contra el hueso se fracturó la clavícula. El dolor fué potente, lancinante, y, por instinto, el espada echóse la mano útil al lugar dolorido y se entregó a merced del toro, en el centro de la suerte. El cuerno, en la embestida dió en la ingle, hiriéndola ligeramente; en la cabezada subió por los aires el torero y al caer, todo el peso del cuerpo, aumentado por la fuerza del choque, gravitó sobre el brazo rígido ya por la fractura anterior. De ahí los destrozos de

la del húmero. El sentimiento en Valencia era extraordinario. Culpábase a la Empresa, a los facultativos que autorizaron que toreade un hombre infirme. Valencia entera desfilaba, pesarosa, por la calle de Guillén de Castro donde moraba la hermana del matador y a donde condujeron a éste.

Don Joaquín y Soledad hallaron a Luisa contenta. Lo decía ella, orgullosa. Ya no había temores de amputación. Lo aseguraba Don Antonio, el famoso médico de los toreros, que vino de Madrid en el primer tren. El brazo se curaría, a la larga; le quedaría útil, con escasa fuerza y alguna dificultad para los menesteres usuales de la vida, pero todo ejercicio recio le sería imposible. Aquella locura del toreo había terminado. Ya no tendría ella la zozobra constante, el despertar anheloso en la pesadilla, la ansiedad del telegrama que se retardaba, el terror de la catástrofe presunta. ¿Una curación larga? Casa tenía donde curarse y quien lo cuidara. Soledad y ella. Y luego, ya habló Juan Antonio entre sus dolores — bien purgó aquella locura,—ya lo sabía Don Joaquín, luego le aguardaba la felicidad tranquila, abundosa, serena, eviterna, como merecía, y como a él correspondía. Don Francisco, llamado de Málaga, tuvo larga consulta con Don Antonio y sus colegas valencianos y opinó lo mismo que ellos. Salvo complicaciones que no hacían esperar la constitución y los antecedentes del enfermo, el brazo curaría, quedando débil, imperfecto, inepto para cualquier ejercicio violento, incluso el de guiar un carruaje o el de montar

a caballo. Aquella consulta constituyó los funerales del torero. Echarri, que asistió a ella, salió pálido, desemblantado, hurgándose en los ojos con los dedos. Alberto salió radiante. La afición entera, plañidera y clamorosa, cantó elegiacamente, las glorias del espada inválido. Los enemigos callaron. El coro de alabanzas y lamentaciones fue unánime. Hubo que leer lo que dijo Don Bernabé en un número extraordinario de *El Toreo Verdad*. Andrés Mondéjar y Julio andaban cariacontecidos y mohinos. Caracola tenía vetas alegres en su melancolía. Soledad y Luisa hacían constantemente gala y explosión de su júbilo.

La curación fue lenta, muy lenta, sin retrocesos. Las predicciones de los médicos se cumplieron. Llegó el invierno y un día ya abandonó Juan Antonio un rato el cabestrillo y Caracola inició un ligero masaje para ir acostumbrando al movimiento al miembro inactivo. Era día solemne. Por la noche, en familia, se hizo, por fórmula, la petición de mano de Soledad. Cuando sonó con crujidillo seco, el resorte de la pulsera que Juan Antonio ciñó a la muñeca de la hija de Don Joaquín, irradió la alegría en el comedor, en el comedor aquél en que tres años antes sorprendieran al torero y a sus hermanos, los primeros acordes de la serenata que le diera «la afición» mangoneada por las gitane-rías de Julio, en la noche siguiente a la corrida que le dió para siempre en Valencia reputación y señorío. Caracola, continuando su papel de maestra-sala, hallábase detrás del matador y acompañó el crujidillo con un chasquido de satisfacción que

produjo con la lengua. Una petición de Juan Antonio le preocupó.

—Luisa, trae tus tijeras de bordar.

La sospecha se confirmó en seguida. Caracola sintió un escalofrío y un repeluzno. Sandoval había dicho indiferentemente:

—Caracola, haz tres ramales la coleta.

La conservaba, aunque hacía varios meses que era un hecho consumado su retirada del toreo. Nunca habló de suprimirla y parecía poner gusto en que Caracola la trenzase algunas veces, poniendo el extremo, al uso antiguo, dentro del cuello de la camisa, lo que nunca había sucedido mientras toreó. A Luisa y Soledad era ya indiferente aquel cariño póstumo por el apéndice capilar, ya convertido en reliquia de un pasado, como la bandera de un viejo y glorioso regimiento que se disolvió. Aquella resolución inesperada aumentó el júbilo familiar. Con la típica ceremonia de cortarse la coleta, que los maestros de antaño rodearan de graves solemnidades, Juan Antonio rompía en absoluto su ligazón con el toreo. Las tijeras vinieron en un vuelo; tres o cuatro pares porque si alguna no cortaba bien, no se retardase un segundo «el trasquileo de aquel rabiche feísimo». Únicamente Don Joaquín, Echarri y Caracola permanecieron serios y se ensimismaron. El mozo de estoques trajo un peine, entresacó del pelo la coleta y, como tantas veces hiciera para trenzarla, la dividió en tres ramales, que mantuvo separados entre los dedos con cierto temblorcillo. Nunca trató Caracola tan mimosamente la coleta del espada. La acaricia-

ba entre sus dedos, como se abraza a un amigo al que se despide.

—Vamos. Luisa, tú, el último, el decisivo. Soledad el primero y usted, Rosita, el otro, si Domingo lo permite.

—Mi mujer no ess cómplisse en esse crimen. ¿Uss-té ssabe lo que cae con essa coleta? Cae el toreo verdad.

Lo propio hubiese dicho Don Bernabé. *El Toreo Verdad*, abandonado ya a sus propias fuerzas, languidecía entre el aluvión de semanarios taurinos.

Caracola fundió en dos los tres ramales. Dos sonidos metálicos y la coleta cayó. Sandoval se estremeció ligeramente. Vió a Don Joaquín cejijunto, a Echarri con las lágrimas saltadas, a Caracola que salía del comedor precipitadamente. Tuvo un instante de nostalgia, una rápida e intensa remembranza de las glorias que la coleta simbolizaba, un ligero escalofrío de despedida. Nada más. Caracola volvía a entrar en el comedor, risueño, después de enjugarse los ojos en el pasillo con la manga de la americana. Sandoval regaló a Echarri la coleta para su museo. El vascuence la envolvió y guardó con veneración, con recogimiento. Formaría en su museo de Portugalete una «sala Sandoval» presidida por la trenza. El ex-espada le había hecho donación de la mayoría de sus prendas y útiles profesionales. Aquella sala sería una Meca del «toreo verdad».

La boda se celebró a últimos del invierno. Vino mucha gente de Madrid y de Sevilla. Una boda so-

nada, ante la Virgen de los Desamparados, dando la bendición el Padre Oliván, arrancado a su pajarrera por tan excepcional motivo. Los novios pasaron varios días en una huerta de Burjasot y después emprendieron largo viaje por la Côte d'Azur y por Italia. A su vuelta recalaron en La Atalaya, donde querían estar solitarios el día de San Juan, de hondos recuerdos en sus amores, y de allí marcharían a establecerse a Sevilla, a su casa de la calle de Albareda, donde ya los esperaba Luisa. Alberto, al ascender, pidió la excedencia para ponerse al frente de poderosa Empresa particular sevillana, en la que Mondéjar, Juan Antonio y él tenían intereses.

Hablaban, caminando lentamente, de la cuadrilla desperdigada, fundidos en otras sus individuos, salvo el Pintao, «que se quitó de los toros» con bastantes ahorros, estableciendo en San Bernardo un depósito de carbones. Anomalías de la vida. El Pintao, tan presumido, pulcro y atildado, comerciando en carbón. Julio representaba a otro espada. A Caracola brindó Juan Antonio con que no se apartase de su lado. Así lo aceptó, entusiasmado, el mozo de estoques, que fue utilísimo a Luisa en su instalación en Sevilla, pero los hábitos pudieron más que los afectos y al comenzar la temporada escribió, que mientras Juan Antonio volvía a Sevilla, y «pa entretenese» prestaría sus servicios y sus consejos, «na más que en Andalucía», a un mocito de la Puerta de la Carne que «salió matando más que el cólera», pariente lejano de Caracola, y en quien las masas impresionables de la afición sevillana creyeron ver una estrella rutilante.

Ahora correrían todos de Plaza en Plaza, entre bullanga de fiestas, peleando con el peligro, siempre en los oídos el trepidar del tren. Recordaba Juan Antonio con cariño aquellos inútiles miembros de su grey toreril, y contaba de ellos anécdotas, bizarrias y donaires.

En el recodo de la carretera, viéndose ya la blanca casa de La Atalaya y la torre moruna confundiendo con el color rojizo de la colina, subieron en el automóvil, cuyos bocinazos al remontar el carril velozmente, anunciaron su llegada al Padre Oliván, que paseaba en el jardín, y salió á recibirles. Aun doraba el sol las altas ramas de las paulonias y los bambúes. Un detalle insignificante llamó la atención de Juan Antonio. El Padre Oliván tenía en la mano la cachimba apagada. Era un signo de preocupación. Nunca sacaba la pipa fuera de su cuarto, por costumbre adquirida en la Compañía de fumar sólo en la celda, y cuando pipaba hacíalo larga e incesantemente, siempre atascado de tabaco hebroso el quemadero, avivada la lumbré por las continuas aspiraciones. La cachimba apagada en manos del Padre Oliván era una anomalía. Los recibió jubiloso, pero Sandoval creyó hallarle un tinte sombrío. Vieron los tres partir el automóvil, que retornaba a Los Picachos, bajar el carril trepidando y bocineando; tomar, con lentitud y ligero bamboleo, la curva de la carretera y desaparecer, raudo, por ella. Sus últimos bocinazos se oyeron, lejanos, cuando ya no se le veía. El jardín de La Atalaya comenzaba a matizarse con tintas

grises violáceas; entre las ramas de los árboles y por las espalderas de rosales revoloteaban, acomodándose para el reposo de la noche, los pajarillos; el bosquecillo de bambúes proyectaba sombra. A Soledad extrañó el silencio del Padre Oliván. Fijándose en él coincidió con Juan Antonio en hallar en su semblante rastros de pesar, un pesar hondo y viril que le hacía fruncir el ceño y cubrir de arrugas la noble frente espaciosa. Le preguntó, indagando aquella tristeza. Ya adquirieron ambos la convicción de la existencia de alguna anormalidad dolorosa. Soledad temió por Alfonso. Podía estar tranquila. Alfonso continuaba en Berlín sometido al nuevo tratamiento que parecía mejorarle; precisamente allí tenía carta de su padre, en que así lo decía. Juan Antonio temió por Luisa y los suyos. Nada tampoco. Seguían en Sevilla contentos de su retorno a la hermosa ciudad nativa. Hablando, hablando, el Padre Oliván los llevó a su cuarto. Al entrar en él, Soledad tuvo una sensación de terror. Alguien había muerto. Alguien a quien había querido el jesuíta.

En el pequeño oratorio ardían dos velas ante un crucifijo humilde, de tosca cruz de madera, con la imagen de latón dorado, al que profesaba el sacerdote singular veneración y hondo aprecio, sin explicar jamás la causa de su estima. Lo guardaba cuidadosamente, y en algunos días del año, a fecha fija, el crucifijo aparecía alumbrado por velas colocadas en dos riquísimos candeleros de plata repujada, joyas de la orfebrería florentina del siglo xv, que no lucían sino en aquellas fechas.



Cuántas veces Don Joaquín, a quien la intimidad permitía la indiscreción, curioseó el por qué de aquellas luminarias ante el Cristo tosco y humildísimo con los candelillos regios, en días fijos, el Padre Oliván eludió la contestación. Murió un guarda, muy viejo, de la casa, hombre huraño y solitario, siempre enriscado en los montes, de cuya juventud contaban las comadres del partido tenebrosas y no concordantes leyendas de secuestradores. El guarda, hosco con todos, buscaba algunas veces la compañía del Padre Oliván, y se les veía discutir juntos por las colinas en amistosos coloquios. Murió de repente en su chozajo entre breñas; el Padre Oliván lo enterró por su mano en el cementerio de Torremolinos, y aquel día lucieron el Cristo y las velas en el oratorio, y todos los años se aumentó en una fecha, la del aniversario, la exhibición piadosa. En otras ocasiones, cuando fallecieran deudos o amigos, siempre se repitió el mismo detalle.

Soledad interrogaba ansiosamente. Las velas daban una luz amarillenta, lívida. El Cristo, iluminadas intensamente las piernas, tenía en sombra el cuerpo, que parecía crecer, extenderse y esfumarse. Por las persianas corridas entraban los vagos medrosos rumores de los campos en silencio. Un avión rezagado pasó chirriando, con fuertes aletazos, junto al balcón. El Padre Oliván dió luz, y la luz eléctrica, rojiza y potente, obscureció la de las velas, pajiza y mortecina, haciéndola formar como una atmósfera opaca en redor del Cristo. Sobre la mesa había dos telegramas. Uno, doblado, voluminoso,

sujeto con un pisapapeles; otro, de una sola hoja, abierto completamente. A las pocas palabras pronunciadas por el jesuíta, con el tono dulce y grave que ponen en las inflexiones de la voz los corazones que han sufrido mucho, Juan Antonio sintió un nudo que le oprimía la garganta, echó por delante el brazo sano, como conteniendo una imagen hostil que le acometiera, y gritó con angustia:

—¡Caracola!

Caracola. Sí. Trágicamente. Fue en Sevilla, en la novillada del día anterior. Vinieron juntos los dos telegramas noticieros de la catástrofe. Uno, de Andrés Mondéjar, escueto; otro, de Julio, larguísimo, de muchas hojas de apretados caracteres; una carta por telégrafo. Sabía el antiguo apoderado el cariño de Sandoval al mozo de estoques y conocía su gusto detallista. Los telegramas estaban puestos a las once de la noche. A La Atalaya llegaron, por explicado y justificado retardo de los dependientes del despacho de Carlos, a las cuatro de la tarde. Soledad, ante el altarillo, echada la hermosa cabeza sobre los brazos extendidos en el reclinatorio, rezaba, nerviosamente. Juan Antonio, desplomado en el sillón fraileesco, dilatadas las pupilas, engarbitados los dedos, trémulo, oía con angustia la lectura. Toreaba el mocito de la Puerta de la Carne, que cada tarde tenía más entusiastas, y «le llevaba los estoques» Caracola. Eran toros de Miura, la ganadería siniestra de tristes destinos. Fue en el quinto toro, un miureño de pelo típico en la vacada, «chorreado en verdugo;» de nombre clásico en ella, *Rabituerto*; «cortísimo de pitones, grande,

ensillado, zancudo, alto de penca» decía Julio detallando el toro para que «lo viese» Sandoval. No tuvo nada de particular; «ni bravo, ni manso, ni claro. Un toro que cumplió, pasando». Lo banderillearon. «A la salida del último par y cuando estaban tocando a matar, sin tomar carrera, sin que nadie lo esperase, el toro, que ya en el primer tercio había saltado una vez al callejón, saltó de pronto por debajo del palco de la Maestranza. Había entre barreras tanta gente como de costumbre, y hubo un revuelo. Corrióse el toro bajo el palco Real, despacio, sin carreras, ni perseguir los bultos y en el burladero que hay debajo del palco del Gobernador se metió Caracola cuando llegaba, con un trotecillo, *Rabituerto*. No pudo entrar bien por estar atestado de gente. La blusilla blanca llamó la atención del toro y tiró un derrote alto siguiendo el viaje, sin detenerse». Nadie se percató de la desgracia. Abrieron al fin una puerta y volvió el miureño al redondel. Caracola quedó echado contra el burladero, el cuerpo casi fuera de él, la mano derecha en el cuello, una banda negruzca, brillante y espesa resbalando sobre el piqué de la blusa y cayendo al suelo con opaco goteo. El público comenzó a fijarse en aquella figura inmóvil. Corrió por los tendidos un rumor de dolorosa sorpresa, de zozobrosa incertidumbre. Acudían los toreros, la policía. «Yo estaba con el Pintao. Nos tiramos al callejón y lo cogimos. Le aparté la mano, que ya estaba fría. En el cuello, a la derecha, una herida limpia, honda y larga. Un cuchillazo. Salía una ola de sangre, a bocanadas. Le liamos una muleta,

apretándola. Le cogimos en brazos. No pesaba nada el pobre. Al echarle en la cama de la enfermería abrió los ojos, vidriosos, sin vista ya; quiso hablar y se oyó el glu-glu de la sangre en la garganta. Escupió una poca; le entendí el nombre del Señor del Gran Poder y el de usted. Dió un retemblidillo, y se murió, tan humilde, tan sin hacer ruido como vivió...»

Un sollozo, hondo y dolorido, se escapó de la garganta de Sandoval que hundió la cara entre las manos. Soledad acudió a él. Sentada en un brazo del sillón, rodeó con los suyos la cabeza de Juan Antonio, atrayéndolo a su pecho, besándolo en el pelo, limpiándole la frente en la que aparecía, en gruesas gotas, un sudor frío.

—Que enganchen. Me voy a Málaga a telegrafiar, y mañana a Sevilla.

—¿A qué? El telegrama está puesto ya. Lo he mandado yo, tal como tú lo escribieses. A Sevilla no tienes que ir, para todo llegas tarde. Ya lo dicen ellos. Sigue oyendo.

Mondéjar no estaba en los novillos. Le avisaron a Labradores y vino a la enfermería. En el acto se encargó de todos los gastos y las incidencias que surgieran. «Mañana lunes le hacen la autopsia, no sé para qué, y a la caída de la tarde le daremos sepultura. No venga usted. No tiene tiempo. No es posible que pueda alcanzar el correo. En otro cualquier tren llegaría usted tarde».

Reinó un silencio triste, de crespones de duelo. En el cuarto inmediato oíanse removerse los pájaros en las jaulas, su brincar menudito sobre las ca-

ñas, los ténues pitidos de las parejas de bengalíes llamándose. Un galfa cantó, en el crepúsculo. Sus notas frescas, melódicas, potentes, pausadas, melancólicas, resonaron vibrantes. Un canto triste, con cadencias de pesares. El albo pajarillo de pico coralino, lo canta saltando pausadamente en la caña, tendiendo el cuello, fijo en un punto del espacio como si en él quisiera ver algo muy querido que perdió.

—Esos son los polluelos que él cuidaba.

El canto pareció un homenaje. Sandoval sollozó más fuerte. Soledad lo besó en la frente con pasión, con fuerza. El Padre Oliván, fijos los ojos con expresión poderosa en el humilde Cristo, movía los labios levemente, en muda oración. Eran los funerales de Caracola.

—Pero, la prensa, la prensa de aquí ¿no dice nada?

*La Unión Mercantil.* Un telegrama de cuatro líneas. Que en la novillada de Sevilla el quinto toro de Miura, al saltar al callejón, hirió de una cornada en el cuello al mozo de estoques Lorenzo Martín González, que falleció en la enfermería.

Julio venía al día siguiente a comunicar detalles y pedir instrucciones. Caracola dejaba dos hermanas, muy viejas, solas en el mundo, sin hijos. A los que tuvieron los mataron en Cuba. «Conociéndolo yo a usted, supongo que me querrá ordenar algo». Juan Antonio asintió con energía, complacido. Sonrió entre lágrimas. Julio, siempre Julio adivinando sus intenciones, conocedor de su corazón. Recor-

daba a las hermanas de Caracola. Dos viejezucas, guiferas del matadero, como Caracola menudas y nerviosas, como él pulquérrimas y humildes. Las recordaba en su casita de San Bernardo, blanquísimas y alegres, el emparrado cubriendo el patiecillo, en la pared el rosal trepador, el pozo en el centro, las macetas de hortensias al redor. La salita, con sus blancas colgaduras, su sofá de enea y sobre él, en marco negro, el retrato de los dos muchachos muertos en Cuba. Lo mandaron de allá, en cuanto llegaron, con los uniformes de rayadillo, destacando en las mangas los galones de sargentos, satisfechas y ambiciosas las inteligentes fisonomías. Estaban abrazados, como fueron a la campaña, como una predicción de que su destino sería el mismo. Murió el uno de un balazo perdido, en una escaramuza oscura. Cayó el otro, ya oficial, en la misma descarga que mató al famoso y simpático Lolo Benítez, entre los pies del genial guerrillero. Las madres quedaron solas, con su hermano voltejeando por España seis meses del año con las cuadrillas de los toreros, portadoras a las poblaciones de las fiestas y de la alegría. Las viejecitas vistieron el hábito del Carmen; sus almas solitarias posáronse, calladamente doloridas, en sus recuerdos. Guardaban los periódicos «que contaban aquéllas» en un cajón, oliente a tomillo y a alcanfor, de la cómoda caobeña, sobre los mantoncitos de Manila que lucieron de mozuelas. Una tarde Caracola «convidió a su matador» a merendar en su casa. Guisotes del Matadero, fuertes y picantes, bien condimentados por las guiferas, en pobre vajilla,

limpia como la plata. Un día de orgullo en la casita alegre. Sandoval fue con Julio, el Pintao y Ortiz Pineda. Hallóse muy a su placer en aquella atmósfera humilde, hizo honor a los condumios y leyó los periódicos narradores de la muerte de los militares, bajo el plomo enemigo, en la perla del mar Caribe. Las viejezucas atendían religiosamente, como si por vez primera oyeran aquellos punzadores relatos que sabían de memoria, y por no importunarle, salieron a llorar al patio, bañado por el sol, perfumado por las rosas, bajo el cielo azul. Allí rezaron a la Virgen de la Esperanza pidiéndole la gloria para sus hijos y para ellas, para que se encontrasen un día todos juntos en el cielo. Creían que al entrar ellas en la mágica morada del Creador del mundo—algo así como la Catedral de Sevilla, mucho más grande—saldrían los militares a su encuentro, en trajes de rayadillo, lozanos y briosos, como cuando partieron, gritándoles «¡madre!...» Ya estaban solas. Caracola, segado el cuello por el pitón de *Rabituerto*, no alegraba con sus donaires, ni favorecía con sus ingresos el hogar plácido en que las tres vejezas discurrían resignadas entre las humildes y alegres flores del patiecillo. Pero allí quedaba Juan Antonio Sandoval. Julio vió claro. Aun restaban a las viejezucas en el mundo calor de cariño y aprontamiento de dinero.

Excitado, verboso, con atropellamiento de recuerdos paseaba el ex-torero por el despacho recordando con tonalidades de ternura «las cosas de Caracola»; sus solicitudes, sus asiduidades, su interés

cariñoso, su arrojo en los instantes de peligro. Siempre fue el primero que acudió a él en las cogidas, cuando aun los toros estaban próximos. Su honradez acrisolada, sus primores de orden y de arreglo, el cestón famoso de las meriendas en los viajes con sus contenidos a las veces maravillosos e inverosímiles, como juegos de prestidigitador. Estrujando el pañuelo en la mano sollozaba, interrumpiendo las loanzas. Soledad procuraba aquietarle. El Padre Oliván la disuadía, secos y brilladores los ojos, verdosa la tez, erizado como púas el recio pelo cano rapado.

—Déjale, déjale que desahogue el dolor... ¿Crees tú que llorar... poder llorar... es chico beneficio?

—La horrible fiesta, con la tragedia oculta siempre bajo sus luces y sus alegrías... Una cornada, sin querer el toro, sin hacer hincapié en la embestida, un cuchillazo, como dice Julio..., y un hombre muerto... El más humilde, un pobre auxiliar, un pobre viejo que pasó su vida correteando Plazas, coadyuvando, más de lo que parece, a los triunfos de los demás, sin obtener él ninguno... Siempre la adversidad ensañándose en el humilde... Yo toreé unos años, por caprichos, por ambición, aquí entre ustedes lo digo, sin afición, sin gusto por el toreo, repugnándome muchos de sus aspectos y detalles, buscando cosas que llegaron en parte, otras en que me equivoqué de lleno y hallando algo hermoso y grande con lo que no soñé. *Un buscador de oro*, sí, *un buscador de oro* que, sin las lesiones de Valencia, se hubiese retirado a breve plazo, satisfechos sus planes en gran parte, colmados los ensueños



de felicidad más grandes que pudiese abrigar. Y me retiré rico, popular, con dolor de mis entusiastas, que en ello veían, los ilusos, una catástrofe infinitamente mayor que la muerte de un gran músico o un gran poeta. Y mi nombre, ocultos mis designios verdaderos por el antifaz providencial de la fractura del brazo, quedará en la historia del toreo, y las generaciones sucesivas de aficionados lo verán legendario y poderoso, querido y abillantado como hoy ven el del Tato, con quien me equiparán... ¡Como el Tato... yo! Y el pobre humilde, coadyuvador desconocido de las glorias de los demás, viviendo pobremente, con vocación por lo suyo, sin poder apartarse de lo que amó, atraído al centro de sus aficiones, de su medio ambiente, muere, en la vejez, de un cuchillazo brutal, obscuramente, con esas cuatro líneas de *La Unión Mercantil* por epitafio... ¿Quién se acordará mañana de Caracola?...

El Padre Oliván detuvo a Sandoval, púsole en los hombros las manos velludas y poderosas, le miró en los ojos con ternura de padre y en el tono de resignada tristeza varonil que daba a sus palabras dulces inflexiones, le dijo, sonriendo con intensa melancolía:

—*Sum cuique.*

Ya casi había anochecido. Únicamente en el fondo, sobre el mar, una línea poderosa metálica denunciaba los estertores del día. Las colinas se envolvían en masas brumosas oscuras en que los tonos negruzcos substituían lentamente a los violáceos. La Atalaya, escueta, destacaba en líneas rígi-

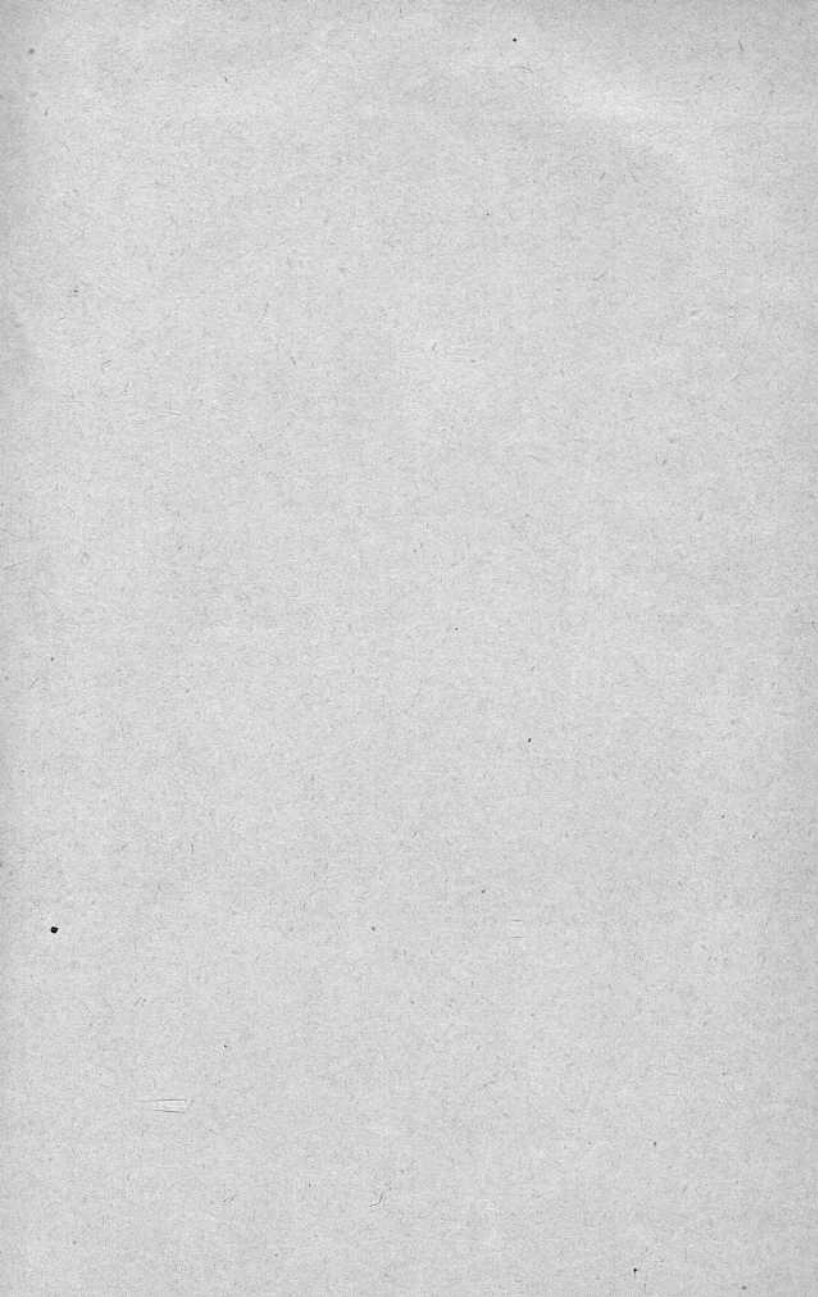
das sobre el horizonte perlino. En el silencio, entre los susurros enigmáticos del campo, llegaba, monótono y acompasado, con algo de plañido, el rumor de las olas que hacían suavemente su eterno viaje sobre la playa, para besarla y retornar al centro del elemento inmenso y misterioso.

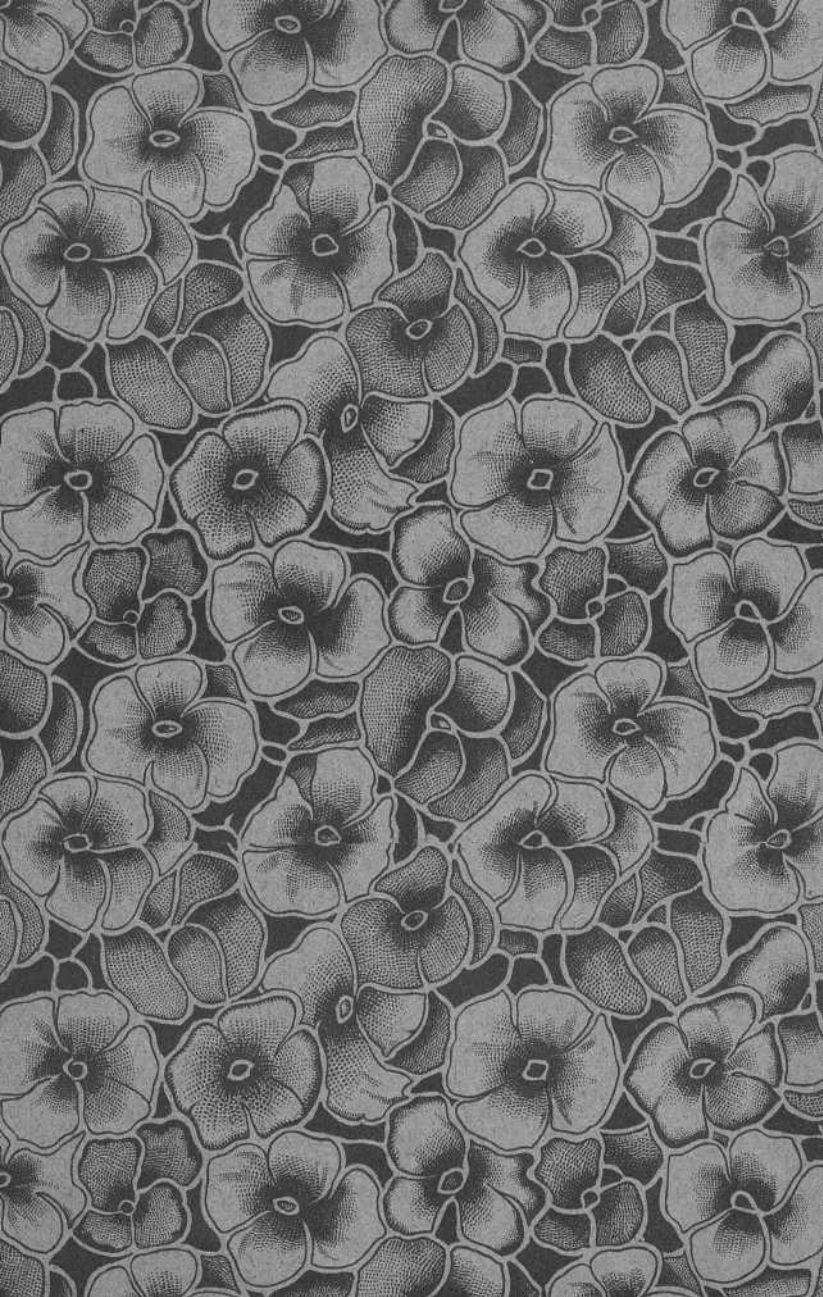
Granada 2 Mayo-24 Julio 1911.

FIN





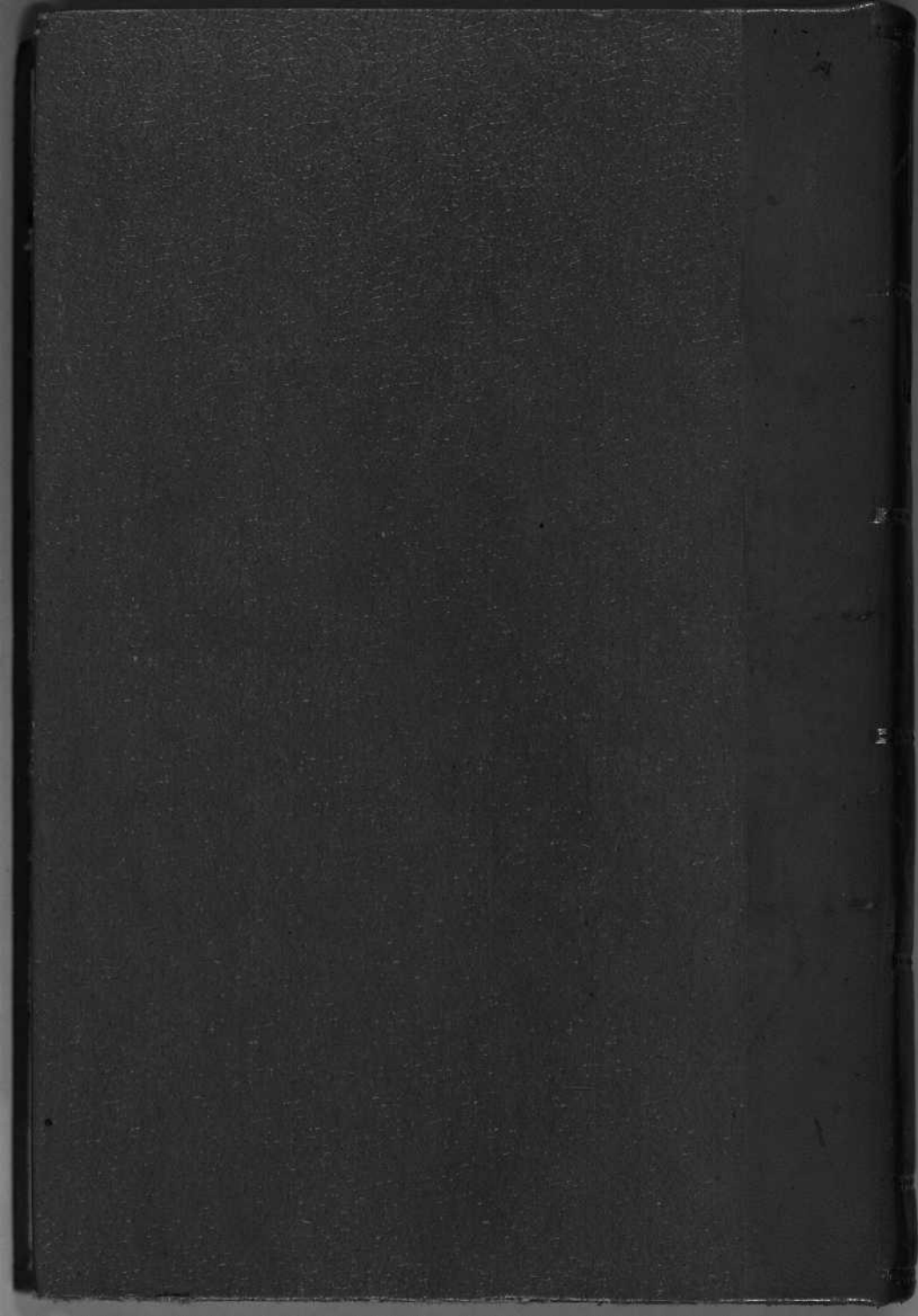




# MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

## BIBLIOTECA

Número	232	Precio de la obra.....	Pesetas
Estante	1	Precio de adquisición..	
Tabla...	5	Valoración actual.....	
Número de tomos.			





232

CELESTEN

— — — — —

LA TORERIA

DE HOGAÑO